



Paine, mi última noche

(Gabriel Eduardo Torres Rojas, 27 años/Primer Lugar)

Nos subieron al camión en medio de la noche. Uniformados de la infantería de San Bernardo, con sus rostros pintados y fusil en mano hicieron de verdugos. Sus miradas me produjeron un miedo que no había sentido antes, quizás, porque en el fondo, sabía que serían los últimos ojos que vería. Eran las 4:35 de la madrugada cuando me detuvieron, en mi propia casa. Se había corrido la voz que las fuerzas armadas tenían planeado llevar a cabo un operativo de detención en Paine y sus alrededores, como acción de la toma del poder del país a manos del ejército, pero no creí que sería yo uno de ellos. Ahora somos 23 en el camión, se fueron sumando algunos detenidos en el camino. No sabemos donde nos llevan, pero los mas viejos tenemos una idea. Detención y fusilamiento se han repetido a lo largo del país desde que los militares asumieron el gobierno en Chile. Es el año 1973 y no sabemos donde nos llevan.

Veo, entre penumbras, las caras de mis compañeros de viaje. Me duele una en especial, un padre acompañado de sus dos hijos de unos veinte o veinticinco años. Es el día 16 de octubre, dejamos hace rato el asentamiento “Nuevo sendero”, donde viví toda mi vida y fui campesino, igual que mi padre, y el suyo. Bonitos recuerdos vienen a mi mente al pensar en Paine, aunque aquí, esta sea mi última noche. Hemos llegado, nos bajan del camión.



Pereira Cancino, Paine de nuestra presencia

(Joan Polanco Becerra, 46 años/Espíritu Painino)

Paine de la represión, ¿No viste tú a quienes obligados descuidaron los sembradíos que quedaron abandonados? Paine extraviado, ¿No viste tú a los cinco desaparecidos de entre aquellos que setenta fueron? Paine torturado y marchito, ¿Acaso a cambio recibiste la sangre en el cerro de los asesinados? Paine exterminado, ¿No viste siquiera a uno solo de los cuatro cuyas almas arrebatadas desde allí nos dejaron?

Paine de nuestra verdad, ¿No fuiste testigo por años de la burla y del esquivar displicente a la razón de nuestro reclamo? Paine de nuestra justicia. Los asesinos que mataron a quien, sin tal pecado, voluntario se entregó, ¿No merecían desde mucho antes ser indagados, inculcados y condenados? Tardaste, pero a nuestro apuro llegaste al fin.

Paine de nuestro amor. Orlando Enrique fue que te nombramos. Nuestra fuerza tuvo convicción, y en nuestra esperanza mantuvimos el anhelo de enaltecer tu alma mancillada en injusto sacrificio. Lo dimos todo... perdónanos, por ser solo humanos.

Paine de nuestra presencia. Consagrado a ti, hombre Orlando Enrique, hijo y hermano, esposo y padre, que nosotros si te vimos, mirándote desde lejos en el espacio de esas espaldas tuyas a morral cruzado. Que, a la distancia, te fuiste yendo lejano en el recuerdo nebuloso a los potreros y al descampado, a tus lazos, a tu perro, conejeando desenfadado, distraído en tus alegrías. Y que el tiempo en nuestras manos, se encargó de grabar como un mosaico, en los recuerdos tu memoria jamás olvidada.



Recuerdo rodeado de ausencias

(Carlos Pérez Mujica, 61 años/Talento Mayor)

Sueño y en el letargo nervioso que deja la postergación, me adentro sobrevolando una estepa cuadrículada de parcelas dispuestas para la siembra. Al fondo, azules de tan lejos las distantes montañas se coronan de blanco. A un costado resplandece la franja grisácea de la autopista Acceso Sur que viene bajando de Santiago.

Es un día radiante y extendido sobre una franja de terreno a un costado de la vía, un bosque petrificado de espigas, quietas, erguidas e individuales, juntan un recuerdo. El sonido bramante de los autos que recorren la autopista pasa de largo la intersección con la avenida 18 de septiembre.

Desde arriba, la sospecha y la tristeza se arremolinan por entre los mástiles erguidos en un memorial confuso. Una ola que reverbera ondulando la memoria, deja huecos en el pastizal que revela la ignominia. Ocho puntales, un cuadro, una postal que evoca una vida segada, que espanta la omisión.

Las teselas cuentan desde un mosaico sin rostro la historia de un hombre alegre cubierto por un sombrero de paja humilde y campesina, que le saca el sol a su guitarra dispuesto a ahuyentar con sus notas el fantasma del olvido. Ortiz con un corbatín al cuello, preparado para celebrar se empina.

Y las baldosas fragmentadas que no entienden de genealogía, perpetúan el recuerdo para que las próximas generaciones, junto al canto de los hombres, entretejan en cada estrofa la historia y los nombres de setenta hombres desaparecidos bordados con el azul mapuche de Paine.



En las canchas de tierra

(Agustín Araya Arriagada, 17 años/Talento Infantil Juvenil)

Veinticuatro años, casado, dos hijos, obrero agrícola y vicepresidente del Asentamiento veinticuatro de abril, ese es Mario Enrique Muñoz Peñaloza. Muchos niños tienen como ídolo a Messi o Ronaldinho, lo que no está mal, no. No obstante, mi ídolo es Mario. Fue detenido por un grupo de Carabineros, a cargo del Sargento Manuel Reyes Álvarez, posteriormente... desaparecido. Siempre que voy a mi entrenamiento, veo su mural. Se nota que era un crack del fútbol. En su mosaico sale contento con la polera de su equipo, abrazando seres queridos, cercano al arco. Yo paso la mayor parte de mi tiempo deportivo en la banca; alcanzo a reflexionar acerca de la dictadura, que nos arrebató a un grande del deporte chileno. Inclusive, más allá de eso, nos arrebató a un hombre con ideales claros, nos arrebató a un hijo, esposo, padre y trabajador solo por protestar contra lo injusto; en fin. Cuando tengo la oportunidad de jugar en cancha, tengo a Mario en mi memoria. Lamento decir que son pocas las veces en las que he metido un gol, aun así, esos pocos goles son en honor a Mario, por todos esos goles que no pudo meter él ... un alma joven inspira a otras almas jóvenes. Ahora pateo la piedra en las canchas de tierra de mi *pobla*, pero cuando la roja me fiche en sus filas, todos mis logros serán tuyos... Mario.